
ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El bosque.—LISANDRO, DEMETRIO, ELENA y HERMIA dormidos.

Entran TITANIA y BORRAS. CHICHARILLO, TELARAÑA, POLILLA, MOSTAZA y otros Trasgos. OBERÓN siguiéndolos sin ser visto.

TIT. Ven conmigo, y reposa
Sobre esta multitud de florecillas,
Y halagaré tus plácidas mejillas;
Y de tu frente límpida y lustrosa
Ornaré las guedejas
Con aromadas flores,
Besando tus espléndidas orejas,
Amor de mis amores.

BOR.—¿Dónde está Chicharillo?

CHI.—Aquí.

BOR.—Ráscame la cabeza, Chicharillo. ¿Dónde está monsieur Telaraña?

TEL.—Aquí.

BOR.—Monsieur Telaraña. Buen monsieur. Empuña las armas, y mátame esa abeja de nalgas rojas que posa sobre

ese cardo, y, mi buen monsieur, tráeme su saco de miel. No te apresures por demás en la tarea, monsieur; y, buen monsieur, cuida de que el saco no reviente. No me gustaría verte anegado con el contenido de un saco de miel, signore. ¿Dónde está monsieur Mostaza?

Mos.—Aquí.

Bor.—Dame la mano, monsieur Mostaza. Por favor, déjate de ceremonias, buen monsieur.

Mos.—¿Qué quieres de mí?

Bor.—Buen monsieur, nada; sólo que ayudes al caba-llero Chicharillo á rascar. Tengo que habérmelas con el barbero, porque paréceme que tengo maravillosa cantidad de pelo en la cara, y soy burro tan delicado, que si un pelo solo me hace cosquillas, me he de rascar.

Tit.—¿Oír música tal vez querrás, bien mío?

Bor.—Tengo bastante buen oído para la música. Vengan cencerros y zambombas. (Música tosca.)

Tit.—Mi dulce bien, dí, ¿qué alimento quieres?

Bor.—Francamente, un pienso. Me comería excelente avena seca. Paréceme que deseo vivamente un haz de heno, de rico heno. Nada iguala al delicioso heno.

Tit. Un duende mío puede del repuesto
De la ardilla traerte nueces frescas.

Bor.—Preferiría un puñado ó dos de habas secas. Pero te suplico que no permitas que tu gente me perturbe. Se apodera de mí grande indisposición para el sueño.

Tit. Duerme mientras mis brazos te circundan.
Idos, duendes; por todas partes idos.

(Vanse los duendes.)

Así al escaramujo blandamente
Entrelaza la dulce madre selva,
Y así la yedra femenil del olmo
Por las ásperas ramas se ensortija.
¡Cuánto te quiero! ¡Te idolatro ciega! (Duermen.)

Entra PUCK.

ÖBER. (Adelantándose.)

Bien vengas, buen Robía. ¡Mira qué cuadro!
De su locura á condolerme empiezo.
Ahora al verla á la entrada de la selva
Buscándole regalos á ese imbécil,
Increpéla y reñimos, pues había
Esas peludas sienes coronado
De fresquísimas flores olorosas.
Y el natural rocío, que otras veces
En aquellos capullos parecía
Dilatándose perlas orientales,
Ahora en sus lindos cálices posaba
Cual lágrimas, su oprobio lamentando.
Burléme á mi placer, mientras humilde
Mi perdón con dulzura reclamaba.
Pedile entonces el rapaz cautivo,
Y me le dió, mandando que sus duendes
Lo lleven á mi reino hechiceresco.
Ya en mi poder el niño, de la vista
De Titania anular quiero el encanto.
Y tú, buen Puck, del rústico ateniense
El cráneo quitarás que le prestaste;
Y, ya despiertos todos, que retornen
A Atenas juntos, recordando acaso
Las raras aventuras de esta noche
Como caprichos de pesada sueño.
Yo en este mismo instante
Es fuerza que á la Reina desencante
Cual antes fuiste has de ser;
(Estregando sus ojos con una flor.)
Cual antes viste has de ver;
Que de Diana la flor

- Sobre la flor del amor
Tiene bendito poder.
Despierta ya, Titania idolatrada.
- TIT. ¡Ay qué visiones, Oberón querido!
¡Estar creí de un burro enamorada!
- OBER. Mira á tu amor.
- TIT. Mas ¿cómo ha sucedido?
Ahora su rostro contemplar detesto.
- OBER. Un rato de silencio nos conviene.
La cabeza, Robín, quítale presto;
Y haz, Titania, que suene
La música á tu cargo,
Que influyendo eficaz en los sentidos
De estos cinco dormidos,
Prolongue su letargo.
- TIT. Música, pues, tañed que el sueño encante.
- PUCK. Tu imbécil cara mire cual solía
Lo que tenga delante.
- OBER. Música pues.—Tus manos, reina mía.
(Música suave.)
El suelo donde están estos dormidos
Danza alegre alboroce;
Y mañana nosotros, ya avenidos,
Gallardamente cuando den las doce
Bailaremos en casa de Teseo,
Bendiciendo á sus deudos y allegados;
Y allí las dos parejas que aquí veo,
Serán también felices desposados.
- PUCK. Oye, Rey de trasgos, trina
Ya la alondra matutina.
- OBER. Reina mía, silenciosos
Tras la sombra y presurosos,
Es preciso caminar.
Pero al globo, por fortuna,

- Más aprisa que la luna
Conseguimos circundar.
- TIT. Pues volemós, dueño mío;
Y en la atmósfera confío
Que me digas cómo fué
Que entre breñas y zarzales
En compañía de mortales
Despertando me encontré. (Vanse.)
(Suenan cuernos de caza.)
- Entran TESEO, HIPÓLITA, EGEO y acompañamiento.
- TES. Que uno vaya á buscar al guardabosque.
Ya cumplir no nos falta rito alguno;
Y pues que toda la mañana es nuestra,
Mi bien, oirás latir á mis sabuesos.
Soltadlos en el valle de Occidente.
Id pronto, pues. Buscad al guardabosque.
(Vase uno.)
Reina hermosa, subamos á la cumbre,
Y el concierto confuso escucharemos
De sus ladridos con el eco en lucha.
- HIP. El jabalí con Hércules y Cadmo
En un bosque de Creta he perseguido
Con sabuesos de Esparta. Nunca oyera
Tan animado hipar. La selva toda,
Las nubes y los ríos y hasta el suelo
En un solo latir se confundían.
Nunca escuché tan musical discordia;
Nunca jamás tan armoniosos truenos.
- TES. Son más sabuesos de espartana raza,
De anchas quijadas, de color castaño;
Las orejas que adornan sus cabezas
Barriendo van el matinal rocío;
Patizambos, cual toros de Tesalia

De gran papada, lentos cuando acosan,
 Pero acordes latiendo, cual si fueran
 Suavísimas campanas musicales.
 Jamás fué contestado ó provocado
 Por cuerno alguno aullido más sonoro,
 Ni en Creta, ni en Esparta, ni en Tesalia.
 Tú misma juzgarás al escucharlos.

Mas, ¡calle! ¿quiénes son las ninfas éstas?

EGEO. Mi hija es ésta, señor. Lisandro es éste.

¡Aquí Demetrio! ¡Elena aquí, la hija
 Del anciano Nadar! Por qué motivo
 Se encuentran aquí juntos no comprendo.

TES. Para cumplir de mayo con los ritos
 Madrugaron sin duda; y enterados
 Del propósito nuestro, nos aguardan,
 Deseando tomar parte en la fiesta.
 Mas, Egeo, responde: ¿no es el día
 En que Hermia ha de decir qué es lo que escoge?

EGEO. Sí, señor.

TES. Ordenad que los despierten
 Los cazadores resonando el cuerno.

(Vase uno.—Cuernos y gritos dentro. Lisandro, Demetrio, Elena y
 Hermia se despiertan sobresaltados.)

¡Hola, amigos! el celo ya ha pasado,
 Y tarde por demás es cuando empiezan
 A aparear las aves de este bosque.

LIS. Perdón, señor.

(Él y los demás se arrodillan ante Teseo.)

TES. Que os levantéis os ruego.

Ya sé que sois rivales y enemigos.
 ¿Cuándo se vió en el mundo tal concordia,
 Que el odio—de los celos apartado—
 Duerme al lado del odio y nada teme?

LIS. Asombrado, señor, medio dormido,

Contesto que ni sé cómo aquí vine.
 Mas pienso... La verdad decir quisiera.
 Sí tal... Recuerdo ahora que en compañía
 De Hermia vine yo aquí, con el intento
 De fugarnos de Atenas, de ese modo
 Eludiendo el peligro de sus leyes.

EGEO. Basta, basta, señor. Sabes bastante.
 En él la ley reclamo que se cumpla.
 Se pensaban fugar, de esa manera
 De tí y de mí burlándose, Demetrio.

A tí te privarían de tu esposa,
 Y á mí de que pudiera la palabra
 Cumplir que dí, de que tu esposa fuera.

DEM. Señor, Elena me contó su fuga
 Y su intención de verse en este bosque;
 Furioso los seguí, la hermosa Elena
 Siguiéndome también enamorada.
 Pero, señor, por un poder secreto
 Que desconozco yo, mi amor á Hermia,
 Cual nieve derretido, juzgo ahora
 Como recuerdo de infantil juguete,
 Que una vez mis sentidos absorbía.
 Toda mi fe, la esencia de mi alma,
 El objeto y encanto de mis ojos,
 Elena es hoy, señor. Yo la quería
 Antes de ver á Hermia. Fué alimento
 Que al enfermar miré con repugnancia;
 Mas hoy que la salud he recobrado,
 Mi paladar cual antes saborea,
 Y la amo y la apetezco y la deseo,
 Y constancia eternal aquí le juro.

TES. Nobles amantes, os unió el destino.
 Después continuaréis la historia vuestra.
 Contrariaré tu voluntad, Egeo;

Que con nosotros en el templo unidos
Estos amantes quedarán más tarde.
Y pues ya la mañana va menguando,
Convendrá suspender la cacería.
¡A Atenas, pues! Tres damas, tres galanes;
Hemos de celebrar fiestas solemnes.
Ven, Hipólita amada.

(Vanse Teseo, Hipólita, Egeo y acompañamiento.)

DEM. Tan nimio y tan confuso se presenta
Lo que pasa á mi vista, cual distantes
Montañas confundidas con las nubes.

HER. Dijera que mis ojos conturbados
Las cosas dobles ven.

ELEN. Y yo lo propio.
Dije hallado paréceme Demetrio
Mío y no mío.

DEM. ¿Pero estáis seguros
De que estamos despiertos? Me parece
Que dormimos aún y que soñamos.
¿No es verdad que ahora el Duque aquí se hallaba
Y ordenó le siguiéramos?

HER. Es cierto.
También mi padre.

ELEN. E Hipólita.

LIS. Y nos dijo
Que al templo le siguiéramos.

DEM. Entonces
Despiertos nos hallamos. A seguirle
Y á narrar nuestros sueños entre tanto. (Vanse.)

BORR. (Despertándose.) Cuando llegue mi vez, llámame, y
responderé. Mi apunte es «Hermosísimo Píramo.» ¡Eh!
¡Hola! Pedro Membrillo; Flauta, el remienda-fuelles; Hoci-
co, el calderero; Hambrón. ¡Por vida mía! Se han ido y me
dejaron durmiendo. Rara visión he tenido. He tenido un

sueño que no alcanza el ingenio humano á expresar qué
sueño fué. Jumento es quien trate de explicar este sueño.
Creí que era y creí que tenía... pero necio á nativitate
fuera si tratase de decir lo que yo creí que tenía. No hay
ojos que hayan oído, ni oídos que hayan visto, ni manos
que hayan gustado, ni lengua que haya concebido, ni alma
que haya relatado lo que era mi sueño. Haré que Pedro
Membrillo escriba una balada sobre este sueño. Se llama-
rá el Sueño de Borrás, porque no tiene *borras*, y la cantaré
al finalizar la comedia que vamos á representar ante el
Duque; y, para que tenga más gracia, la cantare después
de mi muerte. (Vase.)

ESCENA II.

Atenas.—Habitación en casa de Membrillo.

Entran MEMBRILLO, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

MEM.—¿Habéis mandado á preguntar á casa de Borrás?
¿Ha vuelto ya á su casa?

HAM.—Nadie da razón. Sin duda han cargado con él.

FLA.—Si no vuelve, fracasa la comedia. No se podrá
representar, ¿no es cierto?

MEM.—No será posible. No hay otro en Atenas sino él
capaz de representar el papel de Píramo.

FLA.—Es cierto. Sencillamente es el mejor ingenio de
entre todos los menestrales de Atenas.

MEM.—Verdad; y el mejor sujeto. No hay piragón para
ensalzar su dulce voz.

FLA.—Debes decir parangón. El piragón, ¡válgate Dios!
es un insectillo.

Entra AJUSTADO.

AJUS.—Señores, el Duque sale del templo, y se han casado además dos ó tres nobles caballeros y señoras. Si nuestra fiesta se hubiese ejecutado, nos hubiéramos hecho hombres todos nosotros.

FLA.—¡Oh amable y valiente Borrás! Así ha perdido un vitalicio de doce cuartos al día. Era imposible el que eludiera doce cuartos al día. Que me ahorquen si no le hubieran concedido el Duque doce cuartos al día por representar á Piramo. Lo hubiera merecido. Doce cuartos al día por hacer de Piramo, ó nada.

Entra BORRAS.

BORR.—¿Dónde están estos mozos? ¿Dónde están estas almas mías?

MEM.—¡Borrás! ¡Oh grandioso día! ¡Hora afortunada!

BORR.—Señores, tengo que hablar de maravillas. Pero no me preguntéis de cuáles, porque si os las dijera dejaría de ser ateniense. Todo os contaré exactamente como pasó.

MEM.—Oigámclo, amigo Borrás.

BORR.—Ni una palabra diré. Lo único que os digo es que el Duque ha comido ya. Colocaos vuestros vestidos, buen bramante para las barbas, cintas nuevas para el calzado. Reunios luego en el palacio. Cada cual que repase su papel. Porque, en una palabra, nuestra comedia es la preferida. Sea como fuere, que Tisbe lleve ropa limpia. Y que no se corte las uñas el que represente al león, porque tienen que colgarle para que figuren las garras del león. Y, queridísimos cómicos, no comáis ni ajos ni cebollas, porque debemos exhalar suavísimo aliento, y no dudo que les oiré decir que es una dulcísima comedia. Ni una palabra más. Fuera. Idos. Fuera. (Vanse.)